

Stephen Crane
El Bote Abierto



E LEJANDRIA

Stephen Crane
El Bote Abierto



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL BOTE ABIERTO

STEPHEN CRANE

**PUBLICADO: 1897
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL BOTE ABIERTO

Un relato que pretende ser verídico. Siendo la experiencia de cuatro hombres del vapor hundido *Commodore*

I

Ninguno de ellos sabía el color del cielo. Sus ojos miraban a nivel y estaban fijos en las olas que barrían hacia ellos. Estas olas eran del color de la pizarra, salvo las cimas, que eran de una espuma blanca, y todos los hombres conocían los colores del mar. El horizonte se estrechaba y se ensanchaba, subía y bajaba, y en todo momento su borde aparecía dentado por olas que parecían erguirse en puntas como rocas.

Cualquier hombre debería tener una bañera más grande que el bote que aquí navegaba sobre el mar. Estas olas eran, de la manera más injusta y bárbara, abruptas y altas, y cada cresta de espuma era un problema para la navegación en un bote pequeño.

El cocinero, en cuclillas en el fondo, miraba con ambos ojos las seis pulgadas de regala que lo separaban del océano. Llevaba las mangas arremangadas sobre sus gordos antebrazos, y las dos solapas de su chaleco desabrochado colgaban mientras se inclinaba para achicar el agua del bote. A menudo decía:

— ¡Dios! Por poco.

Al decirlo, invariablemente miraba hacia el este, sobre el mar embravecido.

El engrasador, que gobernaba con uno de los dos remos del bote, a veces se levantaba de repente para evitar el agua que se arremolinaba sobre la popa. Era un remo delgado y pequeño y a menudo parecía a punto de partirse.

El corresponsal, que tiraba del otro remo, observaba las olas y se preguntaba por qué estaba allí.

El capitán herido, tumbado en la proa, estaba en ese momento sumido en ese profundo abatimiento e indiferencia que sobreviene, al menos temporalmente, hasta al más valiente y resistente cuando, quiéralo o no, la empresa fracasa, el ejército pierde, el barco se hunde. La mente del patrón de un buque está profundamente arraigada en sus maderas, ya lo haya mandado por un día o una década, y este capitán llevaba consigo la severa impresión de una escena en la grisura del amanecer: siete rostros vueltos hacia él y, más tarde, el muñón de un mastelero con una bola blanca en la punta que se abatía de un lado a otro contra las olas, descendía más y más, y se hundía. A partir de entonces hubo algo extraño en su voz. Aunque firme, estaba cargada de luto, y de una cualidad que iba más allá de la oratoria o las lágrimas.

— Manténla un poco más al sur, Billie — dijo.

— Un poco más al sur, señor — respondió el engrasador desde la popa.

Un asiento en este bote no era muy diferente a un asiento sobre un bronco encabritado y, por la misma razón, un bronco no es mucho más pequeño. La embarcación caracoleaba y se encabritaba, y se zambullía como un animal. Con cada ola que llegaba, y al levantarse para recibirla, parecía un caballo que se enfrenta a una valla desmesuradamente alta. La manera en que trepaba por aquellos muros de agua es algo místico y, además, en la cima de ellos se encontraban habitualmente esos problemas de aguas bravas, la espuma que bajaba a toda velocidad desde la cumbre de cada ola, requiriendo un nuevo salto, y un salto desde el aire. Luego, tras golpear una cresta con desdén, se deslizaba, corría y chapoteaba por una larga pendiente, para llegar bamboleándose y cabeceando frente a la siguiente amenaza.

Una singular desventaja del mar reside en el hecho de que, tras superar con éxito una ola, descubres que hay otra detrás, igual de importante y con las mismas ansias nerviosas de hacer algo efectivo para anegar botes. En un dingui de diez pies uno puede hacerse una idea de los recursos del mar en materia de olas que no es probable en la experiencia promedio de quien nunca ha estado en el mar en un dingui. Cada vez que se acercaba una muralla de agua pizarrosa, ocultaba todo lo demás a la vista de los hombres en el bote, y no era difícil imaginar que esa ola en particular era el estallido final del océano, el último esfuerzo del agua sombría. Había una gracia terrible en el movimiento de las olas, y llegaban en silencio, salvo por el gruñido de las crestas.

Bajo la luz pálida, los rostros de los hombres debían de ser grises. Sus ojos debían de brillar de extraña manera mientras miraban fijamente a popa. Visto desde un balcón, todo el conjunto sin duda habría sido extrañamente pintoresco. Pero los hombres del bote no tenían tiempo de verlo, y si hubieran tenido ocio, había otras cosas que ocupaban sus mentes. El sol ascendía firmemente por el cielo, y supieron que era pleno día porque el color del mar cambió de pizarra a verde esmeralda, vetado de luces ambarinas, y la espuma era como nieve que se desmorona. El proceso del amanecer les fue desconocido. Solo eran conscientes de este efecto sobre el color de las olas que avanzaban hacia ellos.

En frases inconexas, el cocinero y el corresponsal discutían sobre la diferencia entre una estación de salvamento y una casa de refugio. El cocinero había dicho:

— Hay una casa de refugio justo al norte del faro de Mosquito Inlet, y en cuanto nos vean, saldrán en su bote a recogernos.

— ¿En cuanto quién nos vea? — dijo el corresponsal.

— La tripulación — dijo el cocinero.

— Las casas de refugio no tienen tripulación — dijo el corresponsal—. Según tengo entendido, solo son lugares donde se almacenan ropa y víveres para el beneficio de los naufragos. No tienen tripulaciones.

— Oh, sí que tienen — dijo el cocinero.

— No, no tienen — dijo el corresponsal.

—Bueno, de todos modos aún no hemos llegado —dijo el engrasador desde la popa.

—Bueno —dijo el cocinero—, quizás no sea una casa de refugio lo que estoy pensando que hay cerca del faro de Mosquito Inlet. Quizás sea una estación de salvamento.

—Aún no hemos llegado —dijo el engrasador desde la popa.

II

Mientras el bote saltaba desde la cima de cada ola, el viento rasgaba el cabello de los hombres descubiertos, y cuando la embarcación volvía a caer de popa, el rocío los azotaba. La cresta de cada una de estas olas era una colina, desde cuya cima los hombres oteaban, por un momento, una vasta y tumultuosa extensión, brillante y rasgada por el viento. Probablemente era espléndido. Probablemente era glorioso, este juego del mar libre, salvaje con luces de esmeralda, blanco y ámbar.

—Menos mal que es un viento de tierra —dijo el cocinero—. Si no, ¿dónde estaríamos? No tendríamos ninguna oportunidad.

—Así es —dijo el corresponsal.

El atareado engrasador asintió con la cabeza.

Entonces el capitán, en la proa, soltó una risita que expresaba humor, desprecio y tragedia, todo en uno.

—¿Creéis que tenemos muchas oportunidades ahora, muchachos? —dijo.

Ante esto, los tres guardaron silencio, salvo por algún que otro carraspeo y vacilación. Expresar cualquier optimismo particular en ese momento les parecía infantil y estúpido, pero sin duda todos albergaban esa misma percepción de la situación en sus mentes. Un joven piensa con obstinación en tales momentos. Por otro lado, la ética de su condición se oponía decididamente a cualquier sugerencia abierta de desesperanza. Así que guardaron silencio.

—Oh, bueno —dijo el capitán, calmado a sus niños—, llegaremos a tierra sin problemas.

Pero había algo en su tono que los hizo pensar, así que el engrasador replicó:

—¡Sí! ¡Si este viento se mantiene!

El cocinero estaba achicando:

—¡Sí! Si no nos la pegamos en la resaca.

Gaviotas de franela de Cantón volaban cerca y lejos. A veces se posaban en el mar, cerca de manchas de algas marrones que rodaban sobre las olas con un movimiento como de alfombras tendidas en un vendaval. Los pájaros se sentaban cómodamente en grupos, y algunos en el dingui los envidiaban, pues la ira del mar no era para ellos más de lo que era para una bandada de pollos de la pradera a mil millas tierra adentro. A menudo se acercaban mucho y miraban a los hombres con ojos negros como cuentas. En esos momentos resultaban inquietantes y siniestros en su escrutinio sin parpadeo, y los hombres les gritaban enfadados, diciéndoles que se fueran. Uno vino y, evidentemente, decidió posarse en la cabeza del capitán. El pájaro voló paralelo al bote y no describió círculos, sino que dio saltos cortos y laterales en el aire, a la manera de los pollos. Sus ojos negros estaban fijados con anhelo en la cabeza del capitán.

—Bicho feo —le dijo el engrasador al pájaro—. Pareces hecho con una navaja.

El cocinero y el corresponsal maldijeron sombríamente a la criatura. El capitán, naturalmente, deseaba ahuyentarla con la punta del pesado cabo de amarre; pero no se atrevió a hacerlo, porque cualquier cosa que se pareciera a un gesto enfático habría hecho zozobrar aquel bote cargado, y así, con la mano abierta, el capitán ahuyentó a la gaviota con suavidad y cuidado. Después de que esta desistiera de su persecución, el capitán respiró más tranquilo por su pelo, y los otros respiraron más tranquilos porque en ese momento el pájaro les pareció de algún modo espantoso y ominoso.

Mientras tanto, el engrasador y el corresponsal remaban. Y también remaban.

Se sentaban juntos en el mismo banco, y cada uno manejaba un remo. Luego el engrasador tomaba ambos remos; luego el corresponsal tomaba ambos remos; luego el engrasador; luego el corresponsal. Remaban y remaban. La parte más delicada del asunto era cuando llegaba el momento de que el que descansaba en la popa tomara su turno en los remos. Por la más absoluta de las verdades, es más fácil robarle los huevos a una gallina que cambiar de asiento en el dingui. Primero, el hombre de la popa deslizaba la mano por la bancada y se movía con cuidado, como si fuera de Sèvres. Luego, el hombre del banco de remar deslizaba la mano por la otra bancada. Todo se hacía con el más extraordinario cuidado. Mientras los dos pasaban uno al lado del otro, todo el grupo mantenía los ojos vigilantes en la ola que se aproximaba, y el capitán gritaba:

— ¡Cuidado ahora! ¡Firmes ahí!

Las esteras marrones de algas que aparecían de vez en cuando eran como islas, pedazos de tierra. Viajaban, al parecer, ni en una dirección ni en otra. Eran, a todos los efectos, estacionarias. Informaban a los hombres del bote de que avanzaba lentamente hacia tierra.

El capitán, irguiéndose con cautela en la proa después de que el dingui se elevara sobre una gran ola, dijo que había visto el faro de Mosquito Inlet. Al poco rato, el cocinero comentó que él también lo había visto. El corresponsal estaba entonces a los remos, y por alguna razón él también deseaba mirar el faro, pero su espalda estaba vuelta hacia la lejana orilla y las olas eran importantes, y durante un tiempo no pudo encontrar la oportunidad de girar la cabeza. Pero al fin llegó una ola más suave que las otras, y cuando estuvo en la cresta, escudriñó rápidamente el horizonte occidental.

— ¿Lo ves? — dijo el capitán.

— No — dijo lentamente el corresponsal —, no vi nada.

— Mira de nuevo — dijo el capitán. Señaló—. Está exactamente en esa dirección.

En la cima de otra ola, el corresponsal hizo lo que se le ordenó, y esta vez sus ojos dieron con una pequeña cosa inmóvil en el borde del oscilante horizonte. Era precisamente como la punta de un alfiler. Se necesitaba un ojo ansioso para encontrar un faro tan diminuto.

— ¿Cree que lo lograremos, capitán?

—Si este viento se mantiene y el bote no zozobra, no podemos hacer mucho más —dijo el capitán.

El pequeño bote, levantado por cada mar imponente y salpicado con saña por las crestas, progresaba de una manera que, en ausencia de algas, no era aparente para quienes iban en él. Parecía solo una cosita diminuta revolcándose, milagrosamente a flote, a merced de cinco océanos. Ocasionalmente, una gran extensión de agua, como llamas blancas, se abalanzaba sobre él.

—Achica, cocinero —dijo el capitán serenamente.

—De acuerdo, capitán —dijo el animoso cocinero.

III

Sería difícil describir la sutil hermandad de hombres que aquí se estableció en los mares. Nadie dijo que fuera así. Nadie lo mencionó. Pero moraba en el bote, y cada hombre sentía su calor. Eran un capitán, un engrasador, un cocinero y un corresponsal, y eran amigos, amigos en un grado más curiosamente férreo de lo que puede ser común. El capitán herido, recostado contra el botijo de agua en la proa, hablaba siempre en voz baja y con calma, pero nunca podría haber mandado a una tripulación más dispuesta y rápidamente obediente que los tres variopintos del dingui. Era más que un mero reconocimiento de lo que era mejor para la seguridad común. Había seguramente en ello una cualidad personal y sentida. Y después de esta devoción al comandante del bote, estaba esta camaradería que el corresponsal, por ejemplo, a quien se le había enseñado a ser cínico con los hombres, supo incluso en ese momento que era la mejor experiencia de su vida. Pero nadie dijo que fuera así. Nadie lo mencionó.

—Ojalá tuviéramos una vela —observó el capitán—. Podríamos probar con mi abrigo en la punta de un remo y daros a vosotros dos, muchachos, la oportunidad de descansar.

Así que el cocinero y el corresponsal sostuvieron el mástil y desplegaron el abrigo. El engrasador gobernaba, y el pequeño bote avanzó bien con su nuevo aparejo. A veces el engrasador tenía que ciar bruscamente para evitar

que una ola rompiera dentro del bote, pero por lo demás la navegación fue un éxito.

Mientras tanto, el faro había ido creciendo lentamente. Ahora casi había adquirido color, y aparecía como una pequeña sombra gris en el cielo. Al hombre de los remos no se le podía impedir que girara la cabeza con bastante frecuencia para intentar vislumbrar esa pequeña sombra gris.

Por fin, desde la cima de cada ola, los hombres del bote zarandeado podían ver tierra. Así como el faro era una sombra vertical en el cielo, esta tierra parecía solo una larga sombra negra sobre el mar. Ciertamente era más delgada que el papel.

—Debemos de estar más o menos frente a New Smyrna —dijo el cocinero, que había costeado esta orilla a menudo en goletas—. Capitán, por cierto, creo que abandonaron esa estación de salvamento de allí hace aproximadamente un año.

—¿Ah, sí? —dijo el capitán.

El viento amainó lentamente. El cocinero y el corresponsal ya no estaban obligados a deslomarse para mantener el remo en alto. Pero las olas continuaron su viejo e impetuoso ataque al dingui, y la pequeña embarcación, ya sin arrancada, luchaba penosamente sobre ellas. El engrasador o el corresponsal tomaron de nuevo los remos.

Los naufragios no vienen a propósito de nada. Si los hombres pudieran entrenarse para ellos y hacer que ocurrieran cuando hubieran alcanzado una condición física óptima, habría menos ahogados en el mar. De los cuatro en el dingui, ninguno había dormido un tiempo digno de mención durante dos días y dos noches antes de embarcar, y en la excitación de trepar por la cubierta de un barco que se hundía también se habían olvidado de comer copiosamente.

Por estas razones, y por otras, ni al engrasador ni al corresponsal les gustaba remar en ese momento. El corresponsal se preguntaba ingenuamente cómo, en nombre de todo lo que era cuerdo, podía haber gente que pensara que era divertido remar en un bote. No era una diversión; era un castigo diabólico, e incluso un genio de las aberraciones mentales nunca podría concluir que fuera otra cosa que un horror para los músculos y un crimen contra la espalda. Mencionó al bote en general cómo le parecía la

diversión de remar, y el engrasador, con el rostro cansado, sonrió en total simpatía. Antes del naufragio, por cierto, el engrasador había hecho doble guardia en la sala de máquinas del barco.

—Tomáoslo con calma ahora, muchachos —dijo el capitán—. No os agotéis. Si tenemos que enfrentarnos a la resaca, necesitaréis toda vuestra fuerza, porque seguro que tendremos que nadar para salir. Tomad vuestro tiempo.

Lentamente, la tierra se alzó del mar. De una línea negra pasó a ser una línea de negro y una línea de blanco: árboles y arena. Finalmente, el capitán dijo que podía distinguir una casa en la orilla.

—Esa es la casa de refugio, seguro —dijo el cocinero—. Nos verán pronto y vendrán a buscarnos.

El lejano faro se erguía alto.

—El farero debería poder vernos ahora, si está mirando con un catalejo —dijo el capitán—. Avisará a la gente de salvamento.

—Ninguno de los otros botes pudo haber llegado a tierra para dar aviso del naufragio —dijo el engrasador, en voz baja—. Si no, el bote salvavidas estaría fuera buscándonos.

Lenta y hermosamente, la tierra emergió del mar. El viento regresó. Había virado del nordeste al sudeste. Finalmente, un nuevo sonido golpeó los oídos de los hombres en el bote. Era el bajo trueno de la resaca en la orilla.

—Nunca podremos llegar al faro ahora —dijo el capitán—. Gira la proa un poco más al norte, Billie —dijo.

—Un poco más al norte, señor —dijo el engrasador.

Acto seguido, el pequeño bote volvió a apuntar su proa a favor del viento, y todos, excepto el remero, observaron cómo crecía la orilla. Bajo la influencia de esta expansión, la duda y la terrible aprensión abandonaban las mentes de los hombres. El manejo del bote seguía siendo de lo más absorbente, pero no podía impedir una serena alegría. En una hora, quizás, estarían en tierra.

Sus espinazos se habían acostumbrado por completo a mantener el equilibrio en el bote, y ahora montaban este potro salvaje de dingui como hombres de circo. El corresponsal pensaba que estaba empapado hasta los huesos, pero al meter la mano casualmente en el bolsillo superior de su abrigo, encontró allí ocho puros. Cuatro de ellos estaban empapados de agua de mar; cuatro estaban perfectamente intactos. Tras una búsqueda, alguien sacó tres cerillas secas, y acto seguido los cuatro náufragos navegaron impúdicamente en su pequeño bote, y con una seguridad de un rescate inminente brillando en sus ojos, dieron caladas a los grandes puros y juzgaron bien y mal a todos los hombres. Todos tomaron un trago de agua.

IV

—Cocinero —observó el capitán—, no parece haber señales de vida en tu casa de refugio.

—No —replicó el cocinero—. ¡Qué raro que no nos vean!

Una amplia franja de costa baja se extendía ante los ojos de los hombres. Estaba formada por dunas coronadas de vegetación oscura. El rugido de la resaca era claro, y a veces podían ver el labio blanco de una ola mientras giraba playa arriba. Una diminuta casa se recortaba negra contra el cielo. Hacia el sur, el esbelto faro elevaba su pequeña longitud gris.

La marea, el viento y las olas empujaban el dingui hacia el norte.

—Qué raro que no nos vean —decían los hombres.

El rugido de la resaca aquí se atenuaba, pero su tono era, no obstante, atronador y poderoso. Mientras el bote navegaba sobre las grandes olas, los hombres se sentaban a escuchar este rugido.

—Zozobraremos seguro —decían todos.

Es justo decir aquí que no había una estación de salvamento en veinte millas en ninguna dirección, pero los hombres no sabían este hecho y, en consecuencia, hacían comentarios sombríos y oprobiosos sobre la vista de

los salvavidas de la nación. Cuatro hombres con el ceño fruncido se sentaban en el dingui y superaban récords en la invención de epítetos.

—Qué raro que no nos vean.

La alegría de antes se había desvanecido por completo. Para sus mentes aguzadas era fácil conjurar imágenes de todo tipo de incompetencia y ceguera y, de hecho, cobardía. Allí estaba la orilla de la tierra populosa, y era amargo y amargo para ellos que de ella no llegara ninguna señal.

—Bueno —dijo el capitán, finalmente—, supongo que tendremos que intentarlo por nosotros mismos. Si nos quedamos aquí fuera demasiado tiempo, a ninguno nos quedará fuerza para nadar después de que el bote zozobre.

Y así el engrasador, que estaba a los remos, enfiló el bote directamente hacia la orilla. Hubo una repentina tensión de músculos. Hubo algo de reflexión.

—Si no llegamos todos a tierra... —dijo el capitán—. Si no llegamos todos a tierra, supongo que vosotros, muchachos, sabéis dónde enviar la noticia de mi fin.

Entonces intercambiaron brevemente algunas direcciones y admoniciones. En cuanto a las reflexiones de los hombres, había una gran cantidad de rabia en ellas. Quizás podrían formularse así: «Si voy a ahogarme —si voy a ahogarme— si voy a ahogarme, ¿por qué, en nombre de los siete dioses locos que gobiernan el mar, se me permitió llegar hasta aquí y contemplar la arena y los árboles? ¿Se me trajo aquí simplemente para que me arrancaran la nariz cuando estaba a punto de mordisquear el queso sagrado de la vida? Es absurdo. Si esta vieja tonta, el Destino, no puede hacerlo mejor, debería ser privada de la gestión de las fortunas de los hombres. Es una gallina vieja que no sabe su intención. Si ha decidido ahogarme, ¿por qué no lo hizo al principio y me ahorró toda esta molestia? Todo el asunto es absurdo... Pero no, no puede tener la intención de ahogarme. No se atreve a ahogarme. No puede ahogarme. No después de todo este trabajo». Después, el hombre podría haber tenido el impulso de agitar el puño hacia las nubes: «¡Ahora ahógame, y verás cómo te llamo!».

Las olas que llegaban en este momento eran más formidables. Parecían siempre a punto de romper y volcar sobre el pequeño bote en un torbellino

de espuma. Había un gruñido preparatorio y largo en su hablar. Ninguna mente no acostumbrada al mar habría concluido que el dingui podría ascender esas escarpadas alturas a tiempo. La orilla aún estaba lejos. El engrasador era un surfista astuto.

— Muchachos — dijo rápidamente —, no aguantará tres minutos más, y estamos demasiado lejos para nadar. ¿La llevo de nuevo a mar adentro, capitán?

— ¡Sí! ¡Adelante! — dijo el capitán.

Este engrasador, mediante una serie de milagros rápidos y una remada veloz y constante, viró el bote en medio de la resaca y lo llevó a salvo de nuevo a mar adentro.

Hubo un silencio considerable mientras el bote avanzaba a trompicones sobre el mar surcado hacia aguas más profundas. Entonces alguien, sombrío, habló.

— Bueno, de todos modos, ya deben habernos visto desde la orilla.

Las gaviotas volaban oblicuamente contra el viento hacia el este gris y desolado. Una turbonada, marcada por nubes parduscas y nubes de un rojo ladrillo, como el humo de un edificio en llamas, apareció por el sudeste.

— ¿Qué pensáis de esa gente de salvamento? ¿No son una maravilla?

— Qué raro que no nos hayan visto.

— ¡Quizás piensan que estamos aquí por deporte! Quizás piensan que estamos pescando. Quizás piensan que somos unos malditos idiotas.

Fue una tarde larga. Un cambio de marea intentó forzarlos hacia el sur, pero el viento y las olas decían hacia el norte. Muy adelante, donde la línea de la costa, el mar y el cielo formaban su poderoso ángulo, había pequeños puntos que parecían indicar una ciudad en la orilla.

— ¿San Agustín?

El capitán negó con la cabeza.

— Demasiado cerca de Mosquito Inlet.

Y el engrasador remó, y luego el corresponsal remó. Luego el engrasador remó. Era una tarea agotadora. La espalda humana puede convertirse en el

asiento de más dolores y molestias de los que se registran en los libros para la anatomía compuesta de un regimiento. Es un área limitada, pero puede convertirse en el teatro de innumerables conflictos musculares, enredos, torceduras, nudos y otras comodidades.

—¿Alguna vez te gustó remar, Billie? —preguntó el corresponsal.

—No —dijo el engrasador—. Maldita sea.

Cuando uno cambiaba el asiento de remar por un lugar en el fondo del bote, sufría una postración física que le hacía descuidar todo salvo la obligación de mover un dedo. Había agua de mar fría chapoteando de un lado a otro en el bote, y él yacía en ella. Su cabeza, apoyada en una banca, estaba a una pulgada del remolino de la cresta de una ola, y a veces un mar particularmente alborotador entraba a bordo y lo empapaba una vez más. Pero estos asuntos no le molestaban. Es casi seguro que si el bote hubiera zozobrado, se habría dejado caer cómodamente al océano como si estuviera seguro de que era un gran colchón blando.

—¡Mirad! ¡Hay un hombre en la orilla!

—¿Dónde?

—¡Allí! ¿Lo ves? ¿Lo ves?

—¡Sí, claro! Está caminando.

—Ahora se ha detenido. ¡Mirad! ¡Está de cara a nosotros!

—¡Nos está saludando!

—¡Pues sí! ¡Por todos los diablos!

—¡Ah, ahora estamos salvados! ¡Ahora estamos salvados! Habrá un bote aquí para nosotros en media hora.

—Sigue adelante. Está corriendo. Va hacia esa casa de allí.

La playa remota parecía más baja que el mar, y se requería una mirada escrutadora para discernir la pequeña figura negra. El capitán vio un palo flotando y remaron hacia él. Por alguna extraña casualidad había una toalla de baño en el bote y, atándola al palo, el capitán la agitó. El remero no se atrevía a girar la cabeza, así que se veía obligado a hacer preguntas.

—¿Qué está haciendo ahora?

— Está parado de nuevo. Está mirando, creo... Ahí va de nuevo. Hacia la casa... Ahora se ha detenido de nuevo.

— ¿Nos está saludando?

— ¡No, ahora no! Aunque lo hacía.

— ¡Mirad! ¡Ahí viene otro hombre!

— Está corriendo.

— Mira cómo corre.

— Vaya, va en bicicleta. Ahora se ha encontrado con el otro hombre. Ambos nos están saludando. ¡Mirad!

— Ahí viene algo por la playa.

— ¿Qué diablos es esa cosa?

— Pues parece un bote.

— Vaya, ciertamente es un bote.

— No, está sobre ruedas.

— Sí, así es. Bueno, ese debe ser el bote salvavidas. Los arrastran por la orilla en un carro.

— Ese es el bote salvavidas, seguro.

— No, por..., es... es un ómnibus.

— ¡Te digo que es un bote salvavidas!

— ¡No lo es! Es un ómnibus. Puedo verlo claramente. ¿Ves? Uno de esos grandes ómnibus de hotel.

— Por todos los diablos, tienes razón. Es un ómnibus, tan seguro como el destino. ¿Qué supones que están haciendo con un ómnibus? ¿Quizás están yendo a recoger a la tripulación de salvamento, eh?

— Eso es, probablemente. ¡Mirad! Hay un tipo agitando una pequeña bandera negra. Está en los escalones del ómnibus. Ahí vienen los otros dos tipos. Ahora están todos hablando juntos. Mirad al tipo de la bandera. Quizás no la esté agitando.

— Eso no es una bandera, ¿verdad? Es su abrigo. Vaya, ciertamente, es su abrigo.

— Así es. Es su abrigo. Se lo ha quitado y lo está agitando sobre su cabeza. Pero mira cómo lo balancea.

— Oh, vaya, ahí no hay ninguna estación de salvamento. Es solo el ómnibus de un hotel de invierno que ha traído a algunos de los huéspedes para vernos ahogar.

— ¿Qué quiere decir ese idiota del abrigo? ¿Qué está señalando, de todos modos?

— Parece como si estuviera tratando de decirnos que vayamos al norte. Debe haber una estación de salvamento por allí.

— ¡No! Piensa que estamos pescando. Solo nos está saludando alegremente. ¿Ves? Ah, hola, Willie.

— Bueno, ojalá pudiera entender algo de esas señales. ¿Qué supones que quiere decir?

— No quiere decir nada. Solo está jugando.

— Bueno, si al menos nos indicara que intentáramos la resaca de nuevo, o que nos adentráramos en el mar y esperáramos, o que fuéramos al norte, o al sur, o al infierno... habría alguna razón en ello. Pero míralo. Se queda ahí parado y sigue haciendo girar su abrigo como una rueda. ¡El muy idiota!

— Ahí viene más gente.

— Ahora hay toda una multitud. ¡Mirad! ¿No es eso un bote?

— ¿Dónde? Oh, ya veo a qué te refieres. No, eso no es un bote.

— Ese tipo sigue agitando su abrigo.

— Debe pensar que nos gusta verlo hacer eso. ¿Por qué no lo deja? No significa nada.

— No lo sé. Creo que está tratando de hacernos ir al norte. Debe ser que hay una estación de salvamento en algún lugar por allí.

— Vaya, todavía no se ha cansado. Mírale agitar.

— Me pregunto cuánto tiempo puede seguir así. Ha estado haciendo girar su abrigo desde que nos vio. Es un idiota. ¿Por qué no consiguen hombres para traer un bote? Un barco de pesca, uno de esos grandes yoles, podría venir hasta aquí sin problemas. ¿Por qué no hace algo?

— Oh, está bien, ahora.

— Tendrán un bote aquí para nosotros en menos que canta un gallo, ahora que nos han visto.

Un débil tono amarillo apareció en el cielo sobre la tierra baja. Las sombras en el mar se profundizaron lentamente. El viento trajo consigo frío, y los hombres comenzaron a temblar.

— ¡Santo cielo! — dijo uno, permitiendo que su voz expresara su humor impío —, ¡si seguimos haciendo el mono aquí fuera! ¡Si tenemos que estar revolcándonos aquí toda la noche!

— Oh, nunca tendremos que quedarnos aquí toda la noche. No te preocupes. Ya nos han visto, y no tardarán en venir a buscarnos.

La orilla se oscureció. El hombre que agitaba un abrigo se fundió gradualmente en esta penumbra, que se tragó de la misma manera al ómnibus y al grupo de gente. El rocío, cuando salpicaba estrepitosamente por la borda, hacía que los viajeros se encogieran y maldijeran como hombres que estuvieran siendo marcados a fuego.

— Me gustaría pillar al tonto que agitaba el abrigo. Me apetece darle una, solo por si acaso.

— ¿Por qué? ¿Qué hizo?

— Oh, nada, pero es que parecía tan malditamente alegre.

Mientras tanto, el engrasador remaba, y luego el corresponsal remaba, y luego el engrasador remaba. Con los rostros grises e inclinados hacia adelante, mecánicamente, por turnos, manejaban los remos de plomo. La forma del faro había desaparecido del horizonte sur, pero finalmente apareció una estrella pálida, apenas levantándose del mar. El azafrán vetado en el oeste pasó ante la oscuridad que todo lo fusionaba, y el mar hacia el este era negro. La tierra había desaparecido, y solo se expresaba por el bajo y lúgubre trueno de la resaca.

«Si voy a ahogarme — si voy a ahogarme— si voy a ahogarme, ¿por qué, en nombre de los siete dioses locos que gobiernan el mar, se me permitió llegar hasta aquí y contemplar la arena y los árboles? ¿Se me trajo aquí simplemente para que me arrancaran la nariz cuando estaba a punto de morder el queso sagrado de la vida?»

El paciente capitán, inclinado sobre el botijo de agua, a veces se veía obligado a hablarle al remero.

— ¡Mantén la proa! ¡Mantén la proa!

— Mantener la proa, señor.

Las voces eran cansadas y bajas.

Esta era sin duda una noche tranquila. Todos, salvo el remero, yacían pesadamente y sin energía en el fondo del bote. En cuanto a él, sus ojos apenas eran capaces de notar las altas olas negras que avanzaban en un silencio de lo más siniestro, salvo por un ocasional gruñido apagado de una cresta.

La cabeza del cocinero estaba sobre una bancada, y miraba sin interés el agua bajo su nariz. Estaba inmerso en otras escenas. Finalmente habló.

— Billie — murmuró, soñadoramente —, ¿qué tipo de pastel te gusta más?

V

— Pastel — dijeron el engrasador y el corresponsal, agitados —. ¡No hables de esas cosas, maldita sea!

— Bueno — dijo el cocinero —, solo estaba pensando en sándwiches de jamón, y...

Una noche en el mar en un bote abierto es una noche larga. Cuando la oscuridad se asentó finalmente, el brillo de la luz, que se alzaba desde el mar en el sur, se volvió de un oro intenso. En el horizonte norte apareció una nueva luz, un pequeño destello azulado en el borde de las aguas. Estas dos luces eran el mobiliario del mundo. Por lo demás, no había nada más que olas.

Dos hombres se acurrucaban en la popa, y las distancias eran tan magníficas en el dingui que el remero podía mantener los pies parcialmente calientes metiéndolos debajo de sus compañeros. Sus piernas, de hecho, se extendían muy por debajo del banco de remar hasta tocar los pies del capitán en la proa. A veces, a pesar de los esfuerzos del cansado remero, una ola entraba apilándose en el bote, una ola helada de la noche, y el agua gélida los empapaba de nuevo. Retorcían sus cuerpos por un momento y gemían, y volvían a dormir el sueño de los muertos, mientras el agua en el bote gorgoteaba a su alrededor mientras la embarcación se mecía.

El plan del engrasador y el corresponsal era que uno remara hasta perder la capacidad, y luego despertara al otro de su lecho de agua de mar en el fondo del bote.

El engrasador manejó los remos hasta que su cabeza se inclinó hacia adelante, y el sueño abrumador lo cegó. Y aun así siguió remando. Luego tocó a un hombre en el fondo del bote y lo llamó por su nombre.

—¿Me relevas un ratito? —dijo, humildemente.

—Claro, Billie —dijo el corresponsal, despertando y arrastrándose hasta una posición sentada. Intercambiaron lugares con cuidado, y el engrasador, acurrucándose en el agua de mar al lado del cocinero, pareció quedarse dormido al instante.

La particular violencia del mar había cesado. Las olas llegaban sin gruñir. La obligación del hombre de los remos era mantener el bote aproado de modo que la inclinación de las olas no lo hiciera zozobrar, y preservarlo de llenarse cuando las crestas pasaban veloces. Las olas negras eran silenciosas y difíciles de ver en la oscuridad. A menudo, una estaba casi sobre el bote antes de que el remero se diera cuenta.

En voz baja, el corresponsal se dirigió al capitán. No estaba seguro de que el capitán estuviera despierto, aunque este hombre de hierro parecía estar siempre despierto.

—Capitán, ¿sigo rumbo a esa luz del norte, señor?

La misma voz firme le respondió.

—Sí. Mantenla a unas dos cuartas de la amura de babor.

El cocinero se había atado un salvavidas alrededor para obtener incluso el calor que este torpe artilugio de corcho podía donar, y parecía casi una estufa cuando un remero, cuyos dientes invariablemente castañeteaban salvajemente tan pronto como cesaba su labor, se dejaba caer para dormir.

El corresponsal, mientras remaba, miraba a los dos hombres que dormían bajo sus pies. El brazo del cocinero rodeaba los hombros del engrasador y, con sus ropas fragmentarias y sus rostros demacrados, eran los niños del mar, una versión grotesca de los viejos niños en el bosque.

Más tarde debió de haberse vuelto estúpido en su trabajo, pues de repente se oyó un gruñido de agua, y una cresta llegó con un rugido y un chapoteo al bote, y fue un milagro que no pusiera al cocinero a flote en su salvavidas. El cocinero siguió durmiendo, pero el engrasador se incorporó, parpadeando y temblando por el nuevo frío.

—Oh, lo siento muchísimo, Billie —dijo el corresponsal, contrito.

—No pasa nada, viejo amigo —dijo el engrasador, y volvió a tumbarse y se durmió.

Al poco tiempo pareció que incluso el capitán dormitaba, y el corresponsal pensó que era el único hombre a flote en todos los océanos. El viento tenía una voz al pasar sobre las olas, y era más triste que el fin.

Hubo un largo y sonoro silbido a popa del bote, y un rastro brillante de fosforescencia, como una llama azul, se surcó en las aguas negras. Podría haber sido hecho por un cuchillo monstruoso.

Luego vino una quietud, mientras el corresponsal respiraba con la boca abierta y miraba al mar.

De repente, hubo otro silbido y otro largo destello de luz azulada, y esta vez fue al costado del bote, y casi podría haberse alcanzado con un remo. El corresponsal vio una aleta enorme pasar veloz como una sombra por el agua, lanzando el rocío cristalino y dejando el largo y brillante rastro.

El corresponsal miró por encima del hombro al capitán. Su rostro estaba oculto y parecía estar dormido. Miró a los niños del mar. Ciertamente estaban dormidos. Así que, desprovisto de simpatía, se inclinó un poco hacia un lado y maldijo suavemente al mar.

Pero la cosa no abandonó entonces las inmediaciones del bote. Adelante o a popa, a un lado o al otro, a intervalos largos o cortos, huía la larga estela brillante, y se oía el zumbido de la aleta oscura. La velocidad y el poder de la cosa eran dignos de gran admiración. Cortaba el agua como un proyectil gigantesco y afilado.

La presencia de esta cosa expectante no afectó al hombre con el mismo horror que lo habría hecho si hubiera sido un excursionista. Simplemente miraba al mar con apatía y maldecía en voz baja.

Sin embargo, es cierto que no deseaba estar solo. Deseaba que uno de sus compañeros despertara por casualidad y le hiciera compañía. Pero el capitán colgaba inmóvil sobre el botijo de agua, y el engrasador y el cocinero en el fondo del bote estaban sumidos en el sueño.

VI

«Si voy a ahogarme —si voy a ahogarme— si voy a ahogarme, ¿por qué, en nombre de los siete dioses locos que gobiernan el mar, se me permitió llegar hasta aquí y contemplar la arena y los árboles?»

Durante esta noche lúgubre, cabe señalar que un hombre llegaría a la conclusión de que realmente era la intención de los siete dioses locos ahogarlo, a pesar de la abominable injusticia de ello. Porque ciertamente era una injusticia abominable ahogar a un hombre que había trabajado tan duro, tan duro. El hombre sentía que sería un crimen de lo más antinatural. Otras personas se habían ahogado en el mar desde que las galeras bullían con velas pintadas, pero aun así...

Cuando a un hombre se le ocurre que la naturaleza no lo considera importante, y que siente que no mutilaría el universo al deshacerse de él, al principio desea arrojar ladrillos al templo, y odia profundamente el hecho de que no haya ladrillos ni templos. Cualquier expresión visible de la naturaleza seguramente sería apedreada con sus burlas.

Entonces, si no hay nada tangible a lo que abuchear, siente, quizás, el deseo de confrontar una personificación y entregarse a súplicas, postrado so-

bre una rodilla y con las manos suplicantes, diciendo: «Sí, pero yo me amo a mí mismo».

Una estrella alta y fría en una noche de invierno es la palabra que siente que ella le dice. A partir de entonces, conoce el patetismo de su situación.

Los hombres del dingui no habían discutido estos asuntos, pero cada uno, sin duda, había reflexionado sobre ellos en silencio y según su parecer. Rara vez había alguna expresión en sus rostros, salvo la general de completo agotamiento. La conversación se dedicaba a los asuntos del bote.

Para acompañar las notas de su emoción, un verso entró misteriosamente en la cabeza del corresponsal. Incluso había olvidado que había olvidado este verso, pero de repente estaba en su mente.

«Un soldado de la Legión yacía moribundo en Argel,

Faltaban los cuidados de una mujer, escaseaban las lágrimas de una mujer;

Pero un camarada estaba a su lado, y tomó la mano de ese camarada,

Y dijo: ‘Nunca veré mi propia, mi tierra natal’».

En su infancia, al corresponsal se le había hecho saber que un soldado de la Legión yacía moribundo en Argel, pero nunca había considerado el hecho como importante. Miríadas de sus compañeros de escuela le habían informado de la difícil situación del soldado, pero el machaqueo, naturalmente, había terminado por volverlo perfectamente indiferente. Nunca había considerado asunto suyo que un soldado de la Legión yaciera moribundo en Argel, ni le había parecido un motivo de tristeza. Era para él menos que la rotura de la punta de un lápiz.

Ahora, sin embargo, se le presentaba curiosamente como algo humano, vivo. Ya no era simplemente una imagen de unas pocas convulsiones en el pecho de un poeta, mientras tanto bebía té y se calentaba los pies en la chimenea; era una realidad: severa, lúgubre y hermosa.

El corresponsal vio claramente al soldado. Yacía en la arena con los pies estirados y quietos. Mientras su pálida mano izquierda estaba sobre su pecho en un intento de impedir que se le fuera la vida, la sangre brotaba entre sus dedos. En la lejana distancia argelina, una ciudad de formas bajas y cuadradas se recortaba contra un cielo que se desvanecía con los últimos

tonos del atardecer. El corresponsal, manejando los remos y soñando con los movimientos cada vez más lentos de los labios del soldado, se sintió conmovido por una comprensión profunda y perfectamente impersonal. Sintió pena por el soldado de la Legión que yacía moribundo en Argel.

La cosa que había seguido al bote y esperado, evidentemente se había aburrido de la demora. Ya no se oía el tajo del tajamar, y ya no estaba la llama del largo rastro. La luz en el norte todavía brillaba, pero aparentemente no estaba más cerca del bote. A veces, el estruendo de la resaca resonaba en los oídos del corresponsal, y entonces viraba la embarcación hacia el mar y remaba con más fuerza. Hacia el sur, alguien evidentemente había encendido una fogata de vigilancia en la playa. Estaba demasiado baja y demasiado lejos para ser vista, pero creaba un reflejo trémulo y rosado en el acantilado detrás de ella, y esto podía discernirse desde el bote. El viento arreció, y a veces una ola se enfurecía de repente como un gato montés, y se podía ver el brillo y el centelleo de una cresta rota.

El capitán, en la proa, se movió sobre su botijo de agua y se sentó erguido.

—Noche bastante larga —le observó al corresponsal. Miró a la orilla—. Esa gente de salvamento se toma su tiempo.

—¿Viste a ese tiburón jugando por aquí?

—Sí, lo vi. Era un bicho grande, desde luego.

—Ojalá hubiera sabido que estabas despierto.

Más tarde, el corresponsal habló hacia el fondo del bote.

—¡Billie! —Hubo un desenredo lento y gradual—. Billie, ¿me relevas?

—Claro —dijo el engrasador.

Tan pronto como el corresponsal tocó la fría y confortable agua de mar en el fondo del bote, y se hubo acurrucado junto al salvavidas del cocinero, se sumió en un sueño profundo, a pesar de que sus dientes interpretaban todas las melodías populares. Este sueño fue tan bueno para él que solo pasó un momento antes de que oyera una voz llamarlo por su nombre en un tono que demostraba las últimas etapas del agotamiento.

—¿Me relevas?

—Claro, Billie.

La luz en el norte había desaparecido misteriosamente, pero el corresponsal tomó su rumbo del capitán, completamente despierto.

Más tarde en la noche, llevaron el bote más lejos mar adentro, y el capitán ordenó al cocinero que tomara un remo en la popa y mantuviera el bote de cara a las olas. Debía gritar si oía el trueno de la resaca. Este plan permitió que el engrasador y el corresponsal tuvieran un respiro juntos.

—Daremos a esos muchachos la oportunidad de ponerse en forma de nuevo —dijo el capitán. Se acurrucaron y, tras unos castañeteos y temblores preliminares, durmieron una vez más el sueño de los muertos. Ninguno sabía que habían legado al cocinero la compañía de otro tiburón, o quizás del mismo tiburón.

Mientras el bote se tambaleaba en las olas, el rocío ocasionalmente golpeaba por la borda y les daba un nuevo remojo, pero esto no tenía poder para romper su reposo. El ominoso tajo del viento y el agua los afectaba como habría afectado a momias.

—Muchachos —dijo el cocinero, con las notas de toda reticencia en su voz—, se ha acercado bastante a la deriva. Supongo que uno de vosotros debería llevarla de nuevo mar adentro. —El corresponsal, despertado, oyó el estrépito de las crestas derribadas.

Mientras remaba, el capitán le dio un poco de whisky con agua, y esto le calmó los escalofríos.

—Si alguna vez llego a tierra y alguien me muestra siquiera una fotografía de un remo...

Por fin hubo una breve conversación.

—Billie... Billie, ¿me relevas?

—Claro —dijo el engrasador.

VII

Cuando el corresponsal volvió a abrir los ojos, el mar y el cielo eran, cada uno, del tono gris del amanecer. Más tarde, el carmín y el oro se pintaron sobre las aguas. La mañana apareció finalmente, en su esplendor, con un cielo de un azul puro, y la luz del sol llameó en las puntas de las olas.

En las dunas lejanas se asentaban muchas casitas negras, y un alto molino de viento blanco se erguía sobre ellas. Ningún hombre, ni perro, ni bicicleta apareció en la playa. Las casitas podrían haber formado un pueblo abandonado.

Los viajeros escudriñaron la orilla. Se celebró una conferencia en el bote.

— Bueno — dijo el capitán —, si no viene ayuda, será mejor que intentemos pasar la resaca de inmediato. Si nos quedamos aquí mucho más tiempo, estaremos demasiado débiles para hacer nada por nosotros mismos.

Los demás asintieron silenciosamente a este razonamiento. El bote fue enfilado hacia la playa. El corresponsal se preguntó si nadie subía nunca a la alta torre del molino, y si entonces nunca miraban hacia el mar. Esta torre era un gigante, de espaldas a la difícil situación de las hormigas. Representaba en cierto grado, para el corresponsal, la serenidad de la naturaleza en medio de las luchas del individuo: la naturaleza en el viento y la naturaleza en la visión de los hombres. No le pareció entonces cruel, ni benéfica, ni traicionera, ni sabia. Pero era indiferente, rotundamente indiferente. Es, quizás, plausible que un hombre en esta situación, impresionado por la despreocupación del universo, vea los innumerables defectos de su vida, y que estos le dejen un sabor perverso en la mente y desee otra oportunidad. Una distinción entre el bien y el mal le parece absurdamente clara, entonces, en esta nueva ignorancia del borde de la tumba, y comprende que si se le diera otra oportunidad, enmendaría su conducta y sus palabras, y sería mejor y más brillante durante una presentación o en un té.

— Ahora, muchachos — dijo el capitán —, va a zozobrar, seguro. Todo lo que podemos hacer es acercarla tanto como sea posible, y luego, cuando zo-

zobre, saltar y luchar por llegar a la playa. Mantened la calma ahora, y no saltéis hasta que zozobre de verdad.

El engrasador tomó los remos. Por encima de sus hombros, escudriñó la resaca.

—Capitán —dijo—, creo que será mejor que la vire, mantenga la proa a las olas y entre de popa.

—De acuerdo, Billie —dijo el capitán—. Entra de popa.

El engrasador viró el bote entonces y, sentados en la popa, el cocinero y el corresponsal se vieron obligados a mirar por encima de sus hombros para contemplar la orilla solitaria e indiferente.

Las monstruosas olas de la costa levantaron el bote en alto hasta que los hombres pudieron ver de nuevo las sábanas blancas de agua que se deslizaban por la playa inclinada.

—No nos acercaremos mucho —dijo el capitán.

Cada vez que un hombre podía arrancar su atención de las olas, volvía su mirada hacia la orilla, y en la expresión de los ojos durante esta contemplación había una cualidad singular. El corresponsal, observando a los otros, supo que no tenían miedo, pero el pleno significado de sus miradas estaba velado.

En cuanto a sí mismo, estaba demasiado cansado para lidiar fundamentalmente con el hecho. Intentó forzar su mente a pensar en ello, pero la mente estaba dominada en ese momento por los músculos, y los músculos decían que no les importaba. Simplemente se le ocurrió que si se ahogaba sería una lástima.

No hubo palabras apresuradas, ni palidez, ni agitación evidente. Los hombres simplemente miraban la orilla.

—Ahora, recordad alejaros bien del bote cuando saltéis —dijo el capitán.

Hacia el mar, la cresta de una ola cayó de repente con un estruendo atronador, y la larga rompiente blanca vino rugiendo sobre el bote.

—Firmes ahora —dijo el capitán.

Los hombres guardaron silencio. Apartaron los ojos de la orilla hacia la rompiente y esperaron. El bote se deslizó por la pendiente, saltó en la cima furiosa, rebotó sobre ella y se balanceó por la larga espalda de la ola. Había embarcado algo de agua y el cocinero la achicó.

Pero la siguiente cresta también rompió. La tumultuosa y hirviente inundación de agua blanca atrapó el bote y lo hizo girar casi perpendicularmente. El agua entró a raudales por todos lados. El corresponsal tenía las manos en la regala en ese momento, y cuando el agua entró por ese lugar, retiró rápidamente los dedos, como si se opusiera a mojárselos.

El pequeño bote, ebrio por este peso de agua, se tambaleó y se acurrucó más profundamente en el mar.

— ¡Achica, cocinero! ¡Achica! —dijo el capitán.

— De acuerdo, capitán —dijo el cocinero.

— Ahora, muchachos, la siguiente acabará con nosotros, seguro —dijo el engrasador—. Acordaos de saltar lejos del bote.

La tercera ola avanzó, enorme, furiosa, implacable. Prácticamente se tragó el dingui, y casi simultáneamente los hombres cayeron al mar. Un trozo de salvavidas había quedado en el fondo del bote, y mientras el corresponsal caía por la borda, lo sujetó contra su pecho con la mano izquierda.

El agua de enero estaba helada, y reflexionó de inmediato que estaba más fría de lo que había esperado encontrarla frente a la costa de Florida. Esto le pareció a su mente aturdida un hecho lo suficientemente importante como para ser anotado en ese momento. La frialdad del agua era triste; era trágica. Este hecho estaba de alguna manera tan mezclado y confundido con su opinión de su propia situación que parecía casi una razón adecuada para las lágrimas. El agua estaba fría.

Cuando salió a la superficie, era consciente de poco más que el agua ruidosa. Después vio a sus compañeros en el mar. El engrasador iba por delante en la carrera. Nadaba con fuerza y rapidez. A la izquierda del corresponsal, la gran espalda blanca y acorchada del cocinero sobresalía del agua, y en la retaguardia el capitán se aferraba con su única mano buena a la quilla del dingui volcado.

Hay una cierta cualidad inamovible en una orilla, y el corresponsal se maravilló de ello en medio de la confusión del mar.

También parecía muy atractiva, pero el corresponsal sabía que era un largo viaje, y remaba con las manos sin prisa. El trozo de salvavidas yacía bajo él, y a veces se deslizaba por la pendiente de una ola como si estuviera en un trineo de mano.

Pero finalmente llegó a un lugar en el mar donde el avance se veía acosado por la dificultad. No dejó de nadar para averiguar qué tipo de corriente lo había atrapado, pero allí su progreso cesó. La orilla se extendía ante él como un decorado en un escenario, y la miró y comprendió con sus ojos cada detalle de ella.

Mientras el cocinero pasaba, mucho más a la izquierda, el capitán le gritaba:

— ¡Ponte de espaldas, cocinero! ¡Ponte de espaldas y usa el remo!

— De acuerdo, señor. — El cocinero se puso de espaldas y, remando con un remo, avanzó como si fuera una canoa.

Al poco tiempo, el bote también pasó a la izquierda del corresponsal con el capitán aferrado con una mano a la quilla. Habría parecido un hombre que se alza para mirar por encima de una valla de tablas, si no fuera por la extraordinaria gimnasia del bote. El corresponsal se maravilló de que el capitán todavía pudiera sujetarse a él.

Pasaron, más cerca de la orilla — el engrasador, el cocinero, el capitán — y tras ellos iba el botijo de agua, rebotando alegremente sobre los mares.

El corresponsal permaneció en las garras de este extraño nuevo enemigo: una corriente. La orilla, con su blanca pendiente de arena y su verde acantilado, coronado por pequeñas y silenciosas casitas, se extendía como un cuadro ante él. Estaba muy cerca de él entonces, pero se sintió impresionado como quien en una galería mira una escena de Bretaña o de Holanda.

Pensó: «¿Voy a ahogarme? ¿Es posible? ¿Es posible? ¿Es posible?». Quizás un individuo deba considerar su propia muerte como el fenómeno final de la naturaleza.

Pero más tarde una ola quizás lo arrancó de esta pequeña corriente mortal, pues de repente descubrió que podía volver a avanzar hacia la orilla.

Más tarde aún, fue consciente de que el capitán, aferrado con una mano a la quilla del dingui, tenía el rostro apartado de la orilla y vuelto hacia él, y lo llamaba por su nombre.

— ¡Ven al bote! ¡Ven al bote!

En su lucha por alcanzar al capitán y al bote, reflexionó que cuando uno se cansa como es debido, ahogarse debe ser realmente un arreglo cómodo, un cese de hostilidades acompañado de un gran alivio, y se alegró de ello, pues lo principal en su mente durante algunos momentos había sido el horror de la agonía temporal. No deseaba que le hicieran daño.

Al poco rato vio a un hombre corriendo por la orilla. Se estaba desvistiendo con una velocidad asombrosa. Abrigo, pantalones, camisa, todo voló mágicamente de él.

— ¡Ven al bote! — llamó el capitán.

— De acuerdo, capitán. — Mientras el corresponsal remaba, vio al capitán dejarse caer hasta el fondo y abandonar el bote. Entonces el corresponsal realizó su única pequeña maravilla del viaje. Una gran ola lo atrapó y lo lanzó con facilidad y velocidad suprema completamente por encima del bote y mucho más allá. Incluso entonces le pareció un evento de gimnasia, y un verdadero milagro del mar. Un bote volcado en la resaca no es un juguete para un hombre que nada.

El corresponsal llegó a aguas que solo le llegaban a la cintura, pero su estado no le permitía estar de pie más de un momento. Cada ola lo derribaba en un montón, y la resaca tiraba de él.

Entonces vio al hombre que había estado corriendo y desvistiéndose, y desvistiéndose y corriendo, entrar saltando en el agua. Arrastró a tierra al cocinero, y luego vadeó hacia el capitán, pero el capitán lo ahuyentó con un gesto y lo envió hacia el corresponsal. Estaba desnudo, desnudo como un árbol en invierno, pero un halo rodeaba su cabeza, y brillaba como un santo. Dio un fuerte tirón, un largo arrastre y un empujón formidable a la mano del corresponsal. El corresponsal, instruido en las fórmulas menores, dijo:

— Gracias, viejo.

Pero de repente el hombre gritó:

— ¿Qué es eso? — Señaló con un dedo rápido. El corresponsal dijo:

— Ve.

En las aguas someras, boca abajo, yacía el engrasador. Su frente tocaba una arena que periódicamente, entre cada ola, quedaba libre del mar.

El corresponsal no supo todo lo que transcurrió después. Cuando alcanzó tierra firme, cayó, golpeando la arena con cada parte de su cuerpo. Era como si se hubiera caído de un tejado, pero el golpe sordo le resultó grato.

Parece que al instante la playa se pobló de hombres con mantas, ropa y frascas, y mujeres con cafeteras y todos los remedios sagrados para sus mentes. La bienvenida de la tierra a los hombres del mar fue cálida y generosa, pero una forma inmóvil y chorreante fue llevada lentamente playa arriba, y la bienvenida de la tierra para ella solo podía ser la diferente y siniestra hospitalidad de la tumba.

Cuando llegó la noche, las olas blancas se paseaban de un lado a otro a la luz de la luna, y el viento trajo el sonido de la voz del gran mar a los hombres en la orilla, y sintieron que entonces podían ser intérpretes.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB